

SECO DE LUCENA.

90-4
55

LAS CRUZADAS.

DISCURSO

HISTÓRICO-CRÍTICO

**SOBRE LA INFLUENCIA QUE EJERCIERON
EN LA SOCIEDAD,**

BAJO EL TRIPLE ASPECTO MORAL,

RELIGIOSO Y LITERARIO,

LAS EXPEDICIONES MILITARES Y CATÓLICAS

EN LOS SIGLOS XI Y XII.

GRANADA.

IMPRESA DE «EL DEFENSOR.»

1881.

12219440X

LAS CRUZADAS.

DE FRANCISCO DE SAUTERRE

CON UNO DE LOS

LIBROS DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

DE LA FACULTAD DE LETRAS

DE HISTORIA Y LINGÜÍSTICA

LAS EXPEDICIONES MILITARES

Y CATÓLICAS

EN LOS SIGLOS XI Y XII.

LAS CRUZADAS



GRANADA

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD

1884

LAS CRUZADAS



R. 29193

LAS CRUZADAS.

DISCURSO

HISTÓRICO-CRÍTICO

SOBRE LA INFLUENCIA QUE EJERCIERON EN LA SOCIEDAD,

BAJO EL TRIPLE ASPECTO MORAL,

RELIGIOSO Y LITERARIO,

LAS EXPEDICIONES MILITARES

Y CATÓLICAS

EN LOS SIGLOS XI Y XII,

POR

LUIS SECO DE LUCENA.

GRANADA.

IMPRESA DE «EL DEFENSOR.»

ISSI.

11094

DISCURSO

HISTÓRICO-CRÍTICO

SOBRE LA INFLUENCIA QUE EJERCERON EN LA SOCIEDAD

HAJO EL TRIPLE ASPENCIO MORAL

RELIGIOSO Y LITERARIO

LAS EXPEDICIONES MILITARES

Y CÁTOLICAS

EN LOS SIGLOS XI Y XII

POR

LUIS SECO DE LUENA

GRANADA

IMPRESA DE D. J. BARRERO

1891

PARA conocimiento del que leyere y justa conveniencia del autor, manifestamos que este discurso fué escrito sobre tema prefijado y destinándosele á un acto académico.

Como el punto que se trata es de lucha, el autor ha creído conveniente confirmar sus declaraciones con abundantes notas, en que se trasciben los fundamentos históricos de la apreciación.

El presente libro es el resultado de un
trabajo de investigación que se ha
desarrollado en el Departamento de
Historia de la Universidad de
Córdoba, durante el curso 1964-65.
El autor desea agradecer a los
señores profesores de la Facultad
de Filosofía y Letras, y en
particular al Sr. D. Juan de Dios
García, por haberle permitido
utilizar el archivo de la
biblioteca de la Facultad.
Córdoba, a 15 de Mayo de 1965.
El autor.

SEÑORES:

NINGUN periodo de la historia ha sido objeto de críticas tan apasionadas, de tan mordaces censuras como la Edad Media. Y, ciertamente, ninguno registra hechos de tan difícil valoración que disculpen la ligereza con que, por lo común, se han apreciado.

Acordaos de aquel Tomás de Coucy, señor del castillo de Marne, que, después de robar á los peregrinos, los torturaba ferozmente; (1) de aquel conde de Rochefort, bandolero de encrucijada; de

(1) Son horrorosos los pormenores que nos trasmite el cronista Guiberto de las maldades de Tomás de Coucy. Robaba á los peregrinos, torturándolos con los más crueles suplicios: los colgaba (*testiculis appendebat*), añadiendo peso sobre sus hombros hasta conseguir que la piel se rompiera y se saliesen las vísceras por la rotura: después los apaleaba, y arrancábales los ojos. (Guiberti, *De vita sua*, III.)



aquel Buzohardo de Montmorency que despoja á los monges de San Dionis, y de aquel Duque de Borgoña que asalta en un camino al prelado de Cantorbery. Ved más tarde á Luis VII, incendiando la iglesia de Vitry, en la que se han acogido mil trescientas víctimas, y alentar al hijo de Enrique II en la rebelion contra su padre, á quien jura, sobre los Evangelios, lealtad y cariño; al arzobispo Beket, morir asesinado en los altares, por los nobles de Inglaterra; y, á los orgullosos vasallos, que se fingen protectores de las abadias para mejor apoderarse de sus bienes, (2) oidlos decir en la brutalidad de su dominacion: «Mi hombre es mio, yo puedo cocerlo y asarlo.» (3) Recordad los abusos bochornosos que ejercian sobre el pudor de las mujeres de cuerpo. Volved los

(2) «La maldad de los hombres perversos no hace más que crecer; el poder de nuestra madre la Iglesia disminuye de dia en dia; los abogados de los lugares sagrados, que deberian ser sus protectores, son los primeros en despojarlos.» (*Diploma regis francorum*, carta del rey Roberto, año 1016 Bouquet, X.) El que desee conocer á fondo la opresion y bandidaje que ejercian los señores sobre la iglesia, consulte la coleccion epistolar de los reyes francos en Bouquet, y la *Amplissima Collectio* de Martene, tomo I.

(3) Potgiesser. *De statu sercorum*, I, 3, 28.

ojos al clero, dominado por la avaricia y el lujo, apoderándose del capital de los ricos, y arrebatando á los pobres su misera fortuna; (4) á los canónigos de Lyon que se atribuyen la potestad de meter la pierna en el lecho del vasallo la noche de sus bodas; (5) á las interminables guerras privadas, que no excluyen del incendio y el saqueo los lugares por la religion consagrados (6); á

(4) «Los obispos pasan su vida en fiestas regias, en festines de bodas. Se aprovechan con exceso de los bienes de que no son más que repartidores y aquellos á quienes pertenecen estos bienes se mueren de hambre.»; palabras de San Damian. Véanse los *Annales* de Baron. y los *Opusculi Damiani*, XXXI. Consúltese la epístola I de San Anselmo.

Hablando de esta época, trascribe Segur el siguiente párrafo de una carta que el obispo de Angers dirigia al arzobispo de Tours: «Tú me dices que soy un cerdo, y yo, con más razon, te digo que eres un macho de cabrío y que no respetas ni aun á tu hermana. Todos te llaman el simoniaco, por tu infame avaricia, tu perfidia y tu furor, que te han trasformado en serpiente. Tú me excomulgas, mas yo desprecio tu anatema como el escremento del animal más vil.» (Tomo XV, 151.) Juzgamos que bastan los testimonios aducidos para comprender la degradante corrupcion del clero en la Edad Media.

(5) Véase á Choppin, Comentario sobre las costumbres de Anjou, libro I. artíc. 31.

Un cura pleiteó ante el Arzobispo, porque pretendia tener derecho á gozar de las siervas la primera noche de sus bodas. (Véase Boerius, testigo presencial, en su *Decis aurea*, tomo II, p. 207.)

(6) Son dignas de leerse las quejas que Stephani, abad de Cluni, formula contra la irreligiosidad y

aquel arzobispo de Narbona, instituyendo la tregua de Dios en Tutujes, y violando, por tres veces, la tregua y sus juramentos; (7) y decidme si no perdonais á los historiadores que aseguran no ver un rasgo de civilizacion en la Edad Media.

Mas los que así escriben, los que consideraron á esa Edad borron de la vida humana, retroceso, y no paso adelante, juzgáronla injustamente: solo han sabido apreciar la tésis de su antinomia; no adivinaron la esencia de los hechos, y los gérmenes fecundos de libertad, fraternidad y moralidad, que se revolvían en aquel caos de opresion, de rencores y de vicios.

Ved la antitesis en el famoso Pons de Lázaro que, arrepentido de sus atropellos, se presenta á las víctimas en Peigarolles, con los piés desnudos; se pos-

bandolerismo de los señores. (*Epistola ad Ludovico*, en Bouquet, tomo XVI, página 130.)

Por lo que toca á la bárbara costumbre del incendio en las guerras de la Edad Media, estúdiense los escritores contemporáneos y muy especialmente á Guillermo el Breton y Mateo Paris.

(7) Léase la Crónica del Langüedoc, por los Benedictinos.

Godofredo de Vandoma refiere el desafio de un canónigo con un monge, en el reinado de Luis VII. (Véase Segur, XV, 226.)

tra ante el obispo de Lodeve, le da su confesion escrita, y pide que la lean en público, mientras le azotaba un hombre; despues distribuye sus bienes, y, lleno de contriccion, funda un monasterio y conságrase á la penitencia. Vedla en aquel caballero convertido, que se hinca á los piés del Prelado de Colonia y, amen de restituir el producto de sus robos, erige un templo, una casa para los pobres y otra para los peregrinos; en el carpintero Durant, fundador de la hermandad de los encapuchados; (8) en el dominico Juan de Vicenza, que ex-

(8) Esta hermandad se creía inspirada por Dios, y fué su objeto combatir á los señores, con el propósito de hacerles guardar la paz.

La crónica de Rigord dice: «El Señor se apareció en la ciudad de Puy á un pobre carpintero llamado Durant, y le dió una cédula en la que estaba impresa la imágen de la Virgen con un niño en los brazos que, al parecer, era Nuestro Señor Jesucristo. Luego que esta noticia se esparció lejos por la fama, acudieron de todas partes á la ciudad de Puy, y el dia de la Asuncion, el pobre carpintero, colocado en un lugar elevado, habló á todo el pueblo reunido. Predicó el restablecimiento de la paz pública y, para atestiguar su mision, mostró la cédula santa. Al punto, todos los asistentes conmovidos por su discurso, levantaron la voz y juraron ante Dios que estaban prontos á tomar las armas, contra los enemigos de la religion y la Humanidad. Esta asociacion se deramó por las provincias inmediatas, y sus generosos esfuerzos hicieron triunfar las leyes de la justicia en toda la Septimania.» (Cronografía de Felipe Augusto, año 1182.)

cita el frenesí de la multitud en favor de la paz y las virtudes (9); en el bienaventurado Agustín, que solo admite en su comunión los que renuncian toda propiedad (10); en San Damiano, declarando que el clérigo que no cede su hacienda á los pobres engaña á Dios (11); en la voz tempestuosa de San Bernardo, que anatematiza, con estas frases, el lujo y la vanidad del clero: «Decid, obispos, ¿para qué sirve el oro en el freno de vuestros caballos? Los desnudos, los que tienen hambre, claman conmigo: obispos, ¿para qué sirve el oro en el freno de vuestros caballos? ¿Sirve el oro de vuestros frenos para rechazar el frío y calmar el hambre?»

(9) Es curiosa la relación que hace de este entusiasmo un cronista de la época. (Véase Gerardi Mauricii Historia, Muratori. Scriptores VIII, 37 y 38.)

(10) Véase Agustín. Sermones, 355 y 356.

(11) «No hay medio, dice San Gerónimo, es preciso renunciar la herencia del siglo, ó la herencia de Dios. El que entra en el clero hace profesión de la perfección cristiana. Y ¿cual es la primera condición de esta perfección? Jesucristo nos lo dice; es venderlo todo y darlo á los pobres. Si el clérigo no obedece esta ley, engaña á Dios; no es clérigo, es un hombre del siglo..... si los clérigos quieren seguir las huellas de los primeros fieles, apresúrense á renunciar al vicio abominable de la propiedad.» (Damiani. Opúsculo XXIV, *Contra clérigos regulares propietarios*, y Epístola V. *Peculii abominanda proprietatis*.)

(12); ved la antítesis en las epístolas de San Anselmo; en aquel Valdo, rico comerciante de Lyon, que arroja al lodo sus riquezas para demostrar el desprecio que le inspiran; en Gregorio VII, gigante de su siglo, extirpando con inflexible rigor el concubinato y la simonía de las costumbres monásticas; y más tarde, en la ley de virtud, caridad y pobreza de San Francisco; en el poder maravilloso y en la popularidad de sus doctrinas; en los esfuerzos de los concilios por la paz, instituyendo, ya que no la consiguen, la Tregua de Dios; y en el ideal de la caballería, en aquel tipo, casi nunca realizado (13), del caballero de la Edad Media.

Porque en este periodo de transformación y de grandes luchas que prepara la vida moderna, la antinomia es ley, y de ahí las contradicciones, origen de juicios apasionados por parte de los que miran la tésis ó la antítesis de los hechos, sin formar su síntesis, ni descender á los principios, sávia fecunda que, á

(12) San Bernardo, Epístola XLII, *De Officio episcoporum*. Y añade: «Los despilfarros de vuestra vanidad son un robo cruel.»

(13) La crítica histórica considera á la caballería andante como un ideal poético raras veces realizado.

través del tiempo y el espacio, modifica la forma y el carácter de la Sociedad. Si analizamos imparcialmente, á la luz de la filosofía, esa edad tan vituperada por unos como ensalzada y envidiada por otros historiadores, nos convenceremos de que la pasión y el espíritu doctrinario no son hábiles consejeros de la crítica, y contribuyen mucho á sembrar de nebulosidades el campo de la Historia; y si se comparan sus aparentes contradicciones, si formamos su síntesis, veremos que no es tan mala que no indique un progreso con relación á la antigua, ni tan buena que debamos envidiarla y sentir escozor de no haber en ella vivido; veremos que no fué un paréntesis de la vida, sino el antecedente necesario de nuestra época. Periodo de transformación, periodo de tránsito, puente tendido entre la idea de imperios unos, que esclaviza la individualidad, y la de nacionalidades, que reconoce la personalidad del individuo dentro de la unidad y el poder del Estado, periodo de lucha entre dos principios opuestos, el individualista y gerárquico del feudalismo y el de unidad é igualdad, del cristianismo, esta lucha, esta com-

posicion que al calor de las nuevas ideas se va operando, este combate de elementos contradictorios, es la síntesis de su Historia. El individualismo feudal, el anárquico individualismo en que hubo de estrellarse aquel génio admirador de Roma, es el origen de las naciones y un principio necesario á las sociedades, que en la antigüedad se desconocia: la afirmacion de la personalidad humana, oponiéndose á la unidad absorbente del Estado. No niego que los desórdenes de este periodo se deban á la levadura de anarquía que el individualismo constituye, ni que la barbarie suplantó el derecho con la fuerza; pero sí declaro la reaccion conveniente á destruir la falsa unidad del Imperio, y que las instituciones feudales son progresivas y encarnan más libertad que las libres repúblicas de Grecia y Roma.

La servidumbre es un progreso, con relacion á la esclavitud. Al esclavo no se le concedia personalidad (14); Aristó-

(14) «El esclavo no es solo esclavo del señor, sino que depende absolutamente de este..... el esclavo es una parte del señor; es como una parte viva de su cuerpo, aunque separada.» (Aristóteles, *Política*. Véase el tratado *De la esclavitud*, pág. 27, traduccion de Ascárate.)

teles dice que es una máquina animada (15). El siervo es un hombre; su individualidad se halla reconocida; está envilecido; pero, aunque con restricciones, tiene propiedad y su señor no puede exigirle, sin cometer abuso, otros servicios que los estipulados (16). La esclavitud inmoviliza; la servidumbre progresa (17), va definiendo sus límites, y, en el trascurso de los siglos,

(15) «Pero, entre los instrumentos, hay unos que son inanimados, y otros que son vivos: por ejemplo, para el patron de una nave, el timon es un instrumento sin vida y el marinero de proa es un instrumento vivo.» (Ibidem, pág. 22.)

(16) «El señor no puede pedirles nada más que su censo, sus rentas y las indemnizaciones que están acostumbrados á pagar por sus servidumbres.» (Beaumanoir. *Costumbres del Beauvais*, XLV, 31.)

En 905, segun dice Muratori en sus *Antigüedades*, los siervos del Monasterio de San Ambrosio recurren al arzobispo, contra una exigencia del abad. El arzobispo sentenció en favor de los siervos.

(17) En la segunda mitad del siglo XI los siervos gozaban de muchos más derechos que los que se concedían en el siglo IX. (Véase el *Cartulario de Saint Pere*. Guérard, *Prolegómenos*, pág. 42.)

Hubo hasta siervos caballeros. Un diploma de 1296 habla de un «nóbilis servus cum equo.» Besoldum. *Documenta*, pág. 150.)

«No habia entonces en la ciudad—dice un cronista refiriéndose al sitio de Jerusalem por Saladino—más que dos caballeros que habian escapado de la batalla. Entonces, Belin de Helin, hizo caballeros cincuenta hijos de plebeyos.» (Continuacion de la crónica de Guillermo de Tiro, en Martene, V, 609.)

se convierte en un contrato (18) y de ella brotan las libertades comunales.

El vasallo es también más libre que el antiguo ciudadano. Este no presta homenaje, pero tampoco disfruta de ningún derecho contra el derecho, el poder y las decisiones del Estado. Los vasallos sí; los vasallos tienen deberes para con su Rey; mas son deberes condicionales, que se fundan en recíprocos derechos (19). Si el señor falta á la fe que ha jurado á sus hombres, los hombres considerarán también rotos sus juramentos: el Rey autoriza que lo molesten, apoderándose de sus castillos, haciéndole la guerra (20). Y ¿quién decide si el

(18) «Divinum est et omni humane rationi consentaneum ut sicut majores á subditis suis honorari volunt et serviri, ita et eis jura sua et consuetudines, qua á ratione non discordant, firmas et illibatas conservent.» (Carta de Gante, de 1192, en Gheldof. *Historia de Flandes* III, 226.)

(19) «Tanto como el hombre debe á su señor fé y lealtad, por razon de su homenaje, otro tanto debe el señor á su hombre.» (Britton, cap. 68, en Beaumanoir LXI. 28.)

«Pero la fé y la lealtad que el señor debe á su hombre significan que el señor ha de cuidar no producirle perjuicio y tratarlo benignamente y por derecho...» (Asisias del Supremo Tribunal, c. 196, en Beaumanoir, LXI. 31.)

«Dóminus quoque in his ómnibus vicens fideli suo reddere debet; quod, si non fecerit mérito, censebitur malefidus.» (Liber feudorum, II, 6.)

(20) «Si no se hace justicia, dentro de los cuaren-



señor quebranta su fe? ¿El señor mismo? No: los vasallos, que forman con él un tribunal (21): los vasallos, que tienen asiento en la Corte; los vasallos, fuerza del señor en los combates; los vasallos, que son, en fin, el verdadero rey.

Esto es el feudalismo. Contratos, deberes mútuos, intervencion de los subordinados en las decisiones del poder. ¿No veis aquí el gérmen del sistema constitucional moderno? ¿Podria negarse la libertad en el feudalismo? Nó, pero es una libertad sin garantías, con la fuerza por apoyo, sin justicia social suficiente á reprimir los abusos. De ahí las guerras privadas, guerras crueles y espantosas, que casi no pudieron atenuar las predicaciones y el formidable poder de la Iglesia.

Pero el feudalismo no se cuida de la unidad, tan necesaria á las sociedades como el elemento personal, y, predominando este, destruye la Europa y

ta dias (suscribe el rey) todos los barones nos molestarán y nos perseguirán de cuantas maneras puedan, ya apoderándose de nuestros castillos, tierras, posesiones, ó ya de cualquier otro modo...» (Carta Magna de 1214.)

Véanse tambien los *Establecimientos* de San Luis.

(21) Véanse las *Asisias de Jerusalem*, el *Libro de*

la desmembra en multitud de soberanías débiles, aisladas, feroces por su debilidad y aislamiento, é incapaces de constituir nacion. La Iglesia, al contrario, proclama el principio de unidad (22): como Jesús dice que todos los hombres son hermanos, niega las categorías feudales (23) y predica la igualdad y la fraternidad, el amor y la paz en las costumbres. Así realiza su mision civilizadora, luchando con la barbarie y oponiendo: á la diversidad del feudalismo, la unidad autoritaria del dogma; á sus gerarquías y clases, la igualdad; á la rudeza de las costumbres, la caridad y fraternidad cristianas. Hé aquí el progreso, hé aquí los hermosos principios que han de reformar el mundo: unidad y personalidad, libertad é igualdad, caridad y fraternidad.

(22) «Ubi únitás, ibi perfectio.» (San Bernardo. *De consideratione*, II. 8.)

«Uuumquodque quanto est magis unum, tanto est magis virtuosum et dignius.» (Santo Tomás. *Summa contra gentiles*, lib. IV, Proemio.)

(23) «No hay más que una verdadera nobleza, la de la virtud.» (San Gregorio Nazancieno. *Orat.* 28. pág. 480.)

«La iglesia desdeña la nobleza que tiene su origen en la vanidad de la carne...» (*Vita Joh. Gorziensis*, por Juan abad de San Arnulfo, en Pertz, tomo IV pag. 339 de sus *Monumenta.*)

Hubo un momento histórico en que la lucha fué tan empeñada, como difícil vaticinar su resultado. El aislamiento, la crueldad de las guerras particulares, el bandolerismo de los señores y la depravacion de las costumbres, revestian horrosos caracteres (24). Si triunfaba

(24) «Por todo el mundo reina (siglo XI), lo mismo en la iglesia que en el mundo láico el desprecio de las leyes.... No hay seguridad entre los hombres: la buena fé, base y fundamento de todo bien, es desconocida. Segun la palabra del profeta, las iniquidades del pueblo se multiplican: comete muerte sobre muerte. Una avaricia desenfrenada invade todos los espíritus; de ahí el bandolerismo y la lucha ciega de las pasiones. Los pecados de la tierra cansan al cielo.» (*Glaber. Historia*, IV, 9.)

Gregorio VII hace, en una carta, la siguiente pintura de la moralidad en el país de los francos, el más católico de Europa, por aquellos tienpos: «...no hay ley que no esté olvidada ni justicia que no se huelle.

¿Hay alguna infamia, que no se cometa impunemente? Hace muchos años que la autoridad real es impotente para reprimir tan grandes desórdenes. Los francos, discordes entre sí, violan y rompen todos los derechos, alistán tropas y despedazan á la patria, para vengar injurias particulares. Estas rencillas privadas aniquilan el reino, lo manchan con homicidios y lo oprimen con todas las calamidades de la guerra civil. ¡Cosa singular y deplorable! Esta perversidad parece que se ha apoderado de los franceses como una enfermedad contagiosa. Muchas veces cometen, sin necesidad, crímenes odiosos, despreciando las leyes divinas y humanas. Son sacrilegos, incestuosos, perjuros: no guardan la fé, los hermanos pelean unos con otros, y los hijos contra sus padres. Son esclavos de la codicia: dejan en la más espantosa miseria á los que despojan á mano armada.»

la anarquía feudal, haciendo imposible la sociedad y las nacionalidades, ¿qué hubiera sido de la civilización europea? Un acontecimiento memorable, de los que más han influido en el progreso, decidió la lucha.

Es preciso remontarse á los primeros tiempos de la Iglesia para hallar el origen de las peregrinaciones. Santa Elena, (25) San Porfirio, San Gerónimo y Santa Paula se postraron humildemente ante el sepulcro de Jesús; el emperador Heraclio mostró su piedad llevando sobre sus hombros, en Jerusalem, el madero patíbulo del Redentor.

Conviértense los bárbaros, y á impulsos de su fervor y del espíritu aventurero que constituye el fondo de su carácter, reanudan las peregrinaciones, favorecidas por la tolerancia de los mahometanos, que ven en ellas objeto de especulación y negocio seguro. La Historia recuerda la amistad entablada entre Carlo Magno y Harun-Arraxid que regaló al primero las llaves de Jerusalem y del Santo Sepulcro. Al

(25) Santa Elena, el año 326, mandó erigir sobre el Golgotha el templo de la Resurrección, y otros en Belem y en el Monte de las Olivas.

subir al trono el califa Haken III, (26) agriéronse las relaciones del Occidente con el Oriente, hasta el extremo de que Silvestre II predicó una cruzada en que pisanos, genoveses y el rey de Arlés van á Palestina: (27) con este hecho agresivo, que por otra parte no tuvo consecuencias ostensibles, y con el tono amenazador que afectaban los cristianos aumentóse la tirantéz entre estos y los árabes, que emprenden una verdadera persecusion contra los discípulos de Jesús, domiciliados en Palestina: arrójanles de Jerusalem, les prohíben el ejercicio de su culto y destruyen el templo de la Resurreccion, edificado por Santa Elena. El fervor religioso de Europa se enardece con la conducta de los musulmanes, las profesias dicen que se acerca el fin del Mundo, (28) que Jesús vá á

(26) Año 996.

(27) Véase á Muratori. (*De Rerum italicarum. Scriptores* III, 400.)

(28) La creencia del próximo fin del mundo fué tan general que muchas cartas de aquel tiempo comienzan así: «Appropinquante et enim mundi término et ruinis crebescéntibus jam certa signa manifestantur, pertemiscen tremendi júdicii dies....» (Cartas de la fundacion del priorato de San Germano de Muset, de donacion del Conde de Comminges y del de Carasona á la abadía de Serat, en la *Historia del Langüedoc* por Vaisette, tomo II.)

descender al teatro de su martirio (29) y yá no son peregrinaciones, es una emigracion, la que invade Tierra Santa. (30). Thaher, más humano que Haken, permite reedificar el templo. Al comenzar el siglo XI, considérase la peregrinacion medio seguro de redimir de sus culpas á los pecadores, y las cuadrillas llegan á ser muchedumbres de peregrinos. Sietberto (31) sucumbió, con tres mil, á los ataques de los búlgaros.

Vencedores los seldschukes de los árabes, ocupan la Palestina (32) y en aquel momento se agrava la situacion de los cristianos: les exigen crecido tributo por penetrar en Jerusalem, insultan y escarnecen los misterios de su religion, les roban y atropellan. En 1064

(29) Véase á Glaber.

(30) «Una inmensa multitud venia de los extremos del mundo á visitar el sepulcro del Salvador. Habia hombres de todas las condiciones: condes, marqueses, prelados, reyes: hasta las mujeres se pusieron en marcha. Este inaudito movimiento hizo creer á los espiritus todavia agitados por el temor del fin del mundo, que iba á llegar el Antecristo.» (Glaber IV, 6.)

(31) Año 1054. La relacion de este ensayo de cruzada está, íntegra, en el tomo IV del mes de Junio, pag. 595, de los Bolandistas, y el resúmen en las Ilustraciones del tomo I de Michaud, *Historia de las Cruzadas*.

(32) Año 1055.

siete mil europeos con los prelados de Maguncia, Bamberg y Utrech, hacen con felicidad, aunque no sin zozobra, la expedición á Jerusalem. Gregorio VII se compromete á levantar 50.000 cruzados (33), pero sus diferencias con los emperadores de Alemania le impiden realizar el propósito. En 1093 san Úldarico fué muerto por los infieles en las orillas del Jordan. Entretanto, las noticias de Jerusalem producen agitación extraordinaria; el Imperio bizantino se bambolea á impulsos del ariete musulmán; su astuto emperador, el pérfido Alexis á quien más tarde comparan los cruzados con el buitre que sigue las huellas del león y se alimenta con sus despojos, solicita el auxilio del Occidente, y, en una epístola que dirige á Urbano (34), se propone exaltar la pasión religiosa de los occidentales, su sed de oro y fortuna, pintando con los colores más sombríos la esclavitud de Tierra

(33) «Ultra quinquaginta millia si me possum in expeditione pro duce et pontifice habere, armata manu volunt in inimicos Dei insurgere et ad sepulcrum Domini ipso ducente pervenire.» (Gregorio VII, epístolas XI y XXXI, tomo XII.)

(34) Esta carta de Alexis se halla íntegra en la *Amplissima collectio* de Martenne y, traducida, en la *Biblioteca de las cruzadas*.

Santa, y con tintas suaves y seductoras el lujo y esplendor de su carcomido imperio, los tesoros de los turcos, y la hermosura de las mujeres griegas que compensarán con halagos á los campeones las fatigas del combate.

Lo que pasó entonces yá lo sabeis. Yá sabeis que aquel Pedro de Amiens, con el fervor de un apóstol y la entereza de un mártir, alucinado por las visiones de su fantasia y los recuerdos de la crueldad musulmana, caballero en una mula, pobre en el vestir y rico en agitada elocuencia, recorrió las ciudades, las abadías y los castillos, las cortes de los reyes y los tugurios de los siervos, predicando la guerra santa; yá sabeis que sus febriles discursos hicieron estallar los concentrados rencores y el delirio religioso de Europa; yá sabeis que en Clermont se decide la guerra, y, con la guerra, la muerte del feudalismo, la vida de las naciones, la conciliación de la unidad cristiana y el fraccionamiento feudal, el triunfo de la fraternidad y libertad modernas. El Pontífice promete á los cruzados la remisión de sus culpas, se restaura la tregua de Dios, declarándose asilos inviolables las igle-

sias y los monasterios; el sacerdocio es el único que ha de conocer y decidir en los crímenes de los cruzados. ¿Qué importa que, si las nubes se remolinan en Oriente, la credulidad del pueblo vea en sus irregulares contornos, las murallas de Jerusalem, y si el sol las tiñe de púrpura, la sangre de los fieles que pide venganza (35)? ¿Qué importa que la imaginacion calenturienta finja prodigios, y nos asegure que llovieron astros (36) y acaecieron mil maravillas semejantes? ¿Qué importa que señores como Guillermo de Melum, saqueen las aldeas para ir á Jerusalem con el producto de su pillage? (37) ¿Qué importa que la iglesia, la institucion paternal que ha predicado la paz constantemente, que juzga ilícito el ejercicio de las armas, (38)

(35) Eckkar, cronista aleman contemporáneo. es de los escritores que más se detienen en describir estos prodigios.

(36) «Anno 1095,—dice un historiador de la época,—mense aprilis, in nocte diei 4, súbito visi sunt igniculis cadere de cælo quasi stella, per totam Apuliani.» (En Muratori, *Scriptores rerum italicarum*, tomo IV.)

(37) «Cum ierosolimitanum esset aggressurus iter, direptis contiguorum sibi panperum substantioliis profanum viaticum preparavit.» (Guiberto, abad, lib. IV, cap. VI.)

(38) Véanse los cánones del concilio de Roma, en 1078.

que prohíbe al sacerdote la legítima defensa, (39) y la oración al clérigo que sucumbe en un combate, (40) se contradiga y considere la cruzada un acto de virtud que absolverá á los delincuentes? (41) ¿Qué importa que un santo pronuncie la blasfemia de que Dios gusta recibir la sangre de sus enemigos, y se le glorifica con la muerte de los paganos? (42) ¿Qué importa todo, si las

(39) «Vir christianus quærere sibi vitam aliena morte non debet.» (San Ambrosio, epístola 60.)

(40) «Neque in oblatione, neque in oratione pro eo postuletur, sed in manus incidat iudicis.» (Gratian decret. Causa XXIII, quæst. 8. cap. 4.)

(41) Cánones del concilio de Clermont.

«...Os concedemos la absolución y remisión de los pecados: prometemos la vida eterna á todos los que emprendan y concluyan la santa peregrinación ó mueran por el servicio de Jesucristo.» (Bula de Eugenio III, predicando la segunda cruzada, fecha en Viterbo, Diciembre de 1145.)

«Prometemos, pues, á todos los que con corazón contrito y el espíritu humillado no teman emprender este penoso viaje (la cruzada) una indulgencia plenaria de todas sus culpas y la vida eterna que debe seguirla.» (Bula de Gregorio VIII, en 1187, predicando la tercera cruzada, fecha en Ferrara el 4 de las calendas de Noviembre.)

(42) «Christus libenter accipit hostis mortem pro ultione... Dei minister est (miles) ad vindictam malefactorum... Mors quam irrogat Christi est lucrum. In morti pagani Christianus gloriatur, quin Christus glorificatur.» (San Bernardo, *De laude militie ad milites Templi*.)

cruzadas han de abrir horizontes de progreso y fraternidad al mundo?

Y sucedió el año 1096 que, al cubrir la Primavera de hojas los sombríos bosques de la Germania, se dirigieron á Oriente los cruzados. Como el huracan que troncha los robustos oquedales y siembra el horror y la ruina al invencible empuje de su aliento, así la multitud de hombres y mujeres, de que son caudillos el buen Ermitaño y aquel Gualtero sin Hacienda, y la otra que dirigen el clérigo Gottschalco y Enrico, cruzan rápidamente el país de los alemanes, la fantástica Bohemia, el brumoso Danubio; rompen los muros de Semlin y, perseguidas, huyen por las llanuras de Bulgaria, trepan los ásperos Balkanes, se detienen un punto al pié de Constantinopla, y, despues de surcar las transparentes aguas del Bósforo, van á morir al filo de los alfanges seldschukes, en el caldeado suelo del Asia Menor.

Mas ved, frente á Nicea, el ejército de los señores. Las lorigas de anillado acero, las lanzas, las espadas de un solo corte, los agudos puñales llamados «misericordia» y que no la tendrán del enemigo, las rudas ballestas, los colores y

divisas, gérmen de las nebulosidades heráldicas, (43) la piedad de Godofre, la incorruptible virtud de Tancredo, el ferviente entusiasmo de Balduino, la ambiciosa elocuencia de Bohemundo, (44) la multitud de los invasores, (45) su

(43) «Los autores que colocan el origen de los escudos de armas en una época anterior á las cruzadas han confundido las imágenes simbólicas empleadas en las insignias militares con los signos del blason propiamente dicho. Los anticuarios convienen generalmente, en el día, en que la antigüedad del blason no pasa del siglo XI. La idea nació en los torneos; pero el derecho de llevar escudos de armas se limitó á los caballeros que se habian presentado y lidiado en aquellas fiestas militares. Las cruzadas fueron las que generalizaron aquel uso, é hicieron su práctica invariable y tambien el signo hereditario en las mismas familias.

Los hijos de los que habian asistido á las santas expediciones miraron como un deber de religion el conservar y transmitir á sus propios hijos el simbolo que habian escogido sus padres durante las cruzadas. La mayor parte de los signos y términos del blason tiene tambien su origen en las expediciones de Ultramar. De aquí provienen la cruz en tantas formas y, principalmente, las aves mutiladas de piés y pico, en memoria de los trabajos que padecieron los caballeros, y de aquí tambien el nombre de los esmaltes del blason, como *azul*, *gules*, *sinople*, y *sable*, tomados del Oriente. El primero significa, en árabe y persa, el color azul, *cerúleum pigmentum*; *gules* es el color encarnado entre los orientales; *sinople*, el nombre de una ciudad del Asia Menor, y *sable* está tomado del *sabellina pellis*, animal comun en los países que atravesaron los cruzados.» (Michaud, I, 75.)

(44) Es curiosísima la descripción que hace de Boemundo la ilustre historiadora Ana Commenes.

(45) Ascendian á 600000. «Opinionem dominum

desprecio á la vida y su constancia en el ataque aterrarán á los moslimes. Solo la astucia de Alexis, libró á Nicea del asalto, (46) y los guerreros de Cristo, vencedores de los turcos en las márgenes del Sangarinis (47) y doblados por la pesadumbre del botín, se detienen en las murallas de Antioquia y la ponen cerco.

Allí fué la heróica hombredad de Raimundo Porcher: prisionero de los sitiados, que le amenazan con la muerte, si no pide su rescate, se asoma á las almenas, reanima á los suyos, y les asegura que morirá feliz en el martirio. Merced á la traicion de Zerrab (48) se

vincebát números, quamvis estimarentur sexagies centum millia itinerantium.» (Malmesbury, IV.)

(46) Próxima la ciudad á rendirse, apareció en las almenas el estandarte de Alejo, y los cruzados, por no faltar á la fé que juraran al emperador, levantaron el sitio.

(47) Batalla y victoria de Dorileo.

(48) La noche del 1.º de Junio de 1098 «Moraba en la ciudad, un hombre conocido por el apodo de Zerrab, ó forjador de corazas. Habíanle confiado la defensa de una de las torres, y anhelando vengarse de Akhy—Syan (el gobernador de Antioquia) que le arrebatara sus riquezas, escribió á uno de los jefes del campo cristiano, llamado Rohemundo, lo siguiente: «Tengo en mi poder tal torre; te entregaré á Antioquia si me prometes la vida y tal y tal cosa.» Bohemundo convino en todo, y en la noche del jueves primero de regeb (Junio) el forjador de corazas, á

apoderan de la plaza los cruzados, que sufren un angustioso sitio del que lo gran salvarse dirigiéndose á Jerusalem.

Cuarenta dias de pelear sobre un suelo pedregoso y estéril, al influjo del calor ardiente que funde las espumas de piedra del Mar Muerto, y de las quemadoras brisas de la Arabia, extenuados por la sed y el hambre, llevaban los campeones de la Cruz que combatian á Jerusalem. Ocúltase el sol tras las azules nieblas del Mediterráneo, la lucha es en los muros de la ciudad, y la voz de Godofre retumba, sobre todos los ruidos, diciendo: «Señores, mucho desmayáis; e antes de que viniésemos alabábades vos, que, si en salvo pudiésedes llegar hasta Hierusalem, que comiérades sus muros con los dientes, e véovos agora muy cobardes.» (49) La pelea siguió, animada por el valeroso Duque de Lorena, hasta que la noche vino y la fa-

quien Alah maldiga, echó una cuerda á los soldados de aquel caudillo, los cuales escalaron las murallas, ayudáronse á subir unos á otros y degollaron, cuando estuvieron reunidos, á los descuidados centinelas. De esta suerte se apoderó Bohemundo de Antioquia. Seria imposible enumerar los musulmanes que padecieron martirio en aquel dia: los francos saquearon la ciudad y la redujeron á la esclavitud.» (Kemal — Edin, historiador árabe contemporáneo).

(49) Gran conquista de Ultramar, pag. 345.



tiga de los guerreros. Amaneció por fin el viérnes 15 de Julio de 1099. Se renueva el asalto, los muros se cubren con púrpura de sangre para recibir á los vencedores que, « á la hora de nona, derechamente en aquella hora en que Nuestro Señor Jesucristo fué puesto en la Cruz e sufrió la pasion por uosotros, » (50) entran en Jerusalem. La piedad huyó del alma de los cristianos, crueles entonces como chacales de Siria. ¡Pobres vencidos! No les quedó más refugio que el vientre de los buitres. Ni la senectud fué respetada, ni el lloro de las indefensas mujeres y de las criaturas de pecho escuchado, ni el perdon, á los que pidieron de rodillas, concedido. Como la hoz siega la mies, así á los turcos la espada vencedora. « In templo et pórticu Salomonis, dice Raimundo de Agiles, equitabatur in sanguine usque ad genua ed usque ad frenos equorum. » ¿Puede concebirse un cuadro más atroz? « Nunca se ha visto, añade Guiberto de Nogen, tan grande matanza de gentiles » (51).

(50) *Gran Conquista de Ultramar*, pag. 347.

(51) Los historiadores escriben unánimes al referir la espantosa y cruel carnicería que hicieron en los turcos los piadosos! peregrinos:

Así se fundó el reino de Jerusalem, floreciente con Balduino II, pues comprendia á Cesárea, Tiro, Acre, Sidon, Béricto y Edesa, reino, si difícil de conquistar, imposible de mantener en un país cercado de enemigos, y en que el clima diezmaba á los conquistadores. Pronto cayó Edesa en poder de los musulmanes. San Bernardo predica la se-

«En pos desto el duque Gudufre descendió del muro con sus caballeros e con sus hombres de á pié muy bien armados, e así fueron todos á pié por la villa sus espadas sacadas en las manos e sus lanzas, e mataban cuantos hallaban, que non dejaban ninguno: e magüer que les pedian merced que non muriesen e se daban á prision non les aprovechaba; e tantos metaron por las calles que non podian pasar sino sobre los muertos; e la gente de pié andaban á compañías por las calles é traian porras é hachas e mataban e quebrantaban e destruian quanto alcanzaban... Espantosa cosa era e fea de ver la gran mortandad de los que estaban muertos por las plazas e por las calles que non podian andar sino por sangre e hallaron dentro, en la cerradura del templo, diez mil turcos, sin los otros de las calles...» (*Gran conquista de Ultramar*, pag. 347).

«Cuando los nuestros estuvieron en posesion de las murallas y de las torres, viéronse cosas admirables. Entre los sarracenos, unos eran muertos, lo cual era para ellos la muerte más dulce; otros, despues de haber sufrido, eran arrojados á las llamas. Veíanse en las calles y en las plazas de la ciudad, montones de cabezas, de manos y de piés...» (Raimundo de Agilés, canónigo de la catedral de Puig, en Bongars, pag. 178).

«Las niñas, las mujeres, aun las que se hallaban en cinta, fueron muertas ó apedreadas: llenas de espanto, al ver la sangre, se asian á sus verdugos,

gunda cruzada, (52) y Conrado III y Luis VII van á alimentar con sus ejércitos los buitres de la Capadocia y la Panfilia, mientras que Joppe, Sidon y Acre, se rinden despues de desesperada lid, y el valeroso Saladino, vencedor de Guido de Lusignan en sangrientísima lucha, (53) pone á Jerusalem apretado cerco. «Yo sé como vosotros, dijo á los de la ciudad el fundador de la casa de los Eyubitas, que Jerusalem es la mansion de Dios, y no quiero profanar su

arrojándose á sus piés por salvar la vida; pero imploraban en vano la piedad de los vencedores; no perdonaron ni aun á los niños de pecho.»(Alberto de Aix, VI, 28—30, en Bongars).

«Los nuestros herian, los otros morian; los muertos permanecian de pié entre los vivos, sostenidos por la multitud... Nuestros soldados invadieron el templo y, poseidos de furor, degollaron á todos los que hallaron en él, siendo tan atroz la carnicería que los cadáveres mutilados eran arrastrados por las olas de sangre hasta el atrio, y las manos y los brazos flotaban sobre esta sangre é iban á unirse á cuerpos á que no habian pertenecido.» (Roberto el Moage, pag. 50, 51 y 70, en Bongars).

¡Cuanto fanatismo, qué horrible crueldad!

Pero si espantan las descripciones que hacen del asalto de Jerusalem los cronistas, hielan el corazon los comentarios con que algunos las ilustran. El obispo de Tiro dice: «de este modo se cumplian los justos decretos de Dios.» y Raoul de Caen «Valor, divinos furores; valor, espadas sagradas; valor, destrucción santa.» ¡Qué blasfemia tan horrorosa!

(52) Año 1147.

(53) Año 1186. Batalla de Tiberiade.

santidad, derramando sangre: si entre-
gais sus muros, os enriqueceré y daré
las tierras que pudiéseis cultivar.» (54)
Los cristianos se resisten como leones;
pero la corrupcion y la perfidia obligan-
les á recurrir á la clemencia de Saladino,
y capitulan el 3 de Octubre de 1187
(55).

Europa, estremecida de consterna-
cion, apresúrase á tomar las armas y di-
rigirse sobre los turcos. Federico Bar-
barroja pereció en las revueltas ondas
del Saleph, (56) y el ejército aleman,
diezmado y perseguido, consigue, por vi-
goroso esfuerzo, arrastrarse hasta los
muros de Ackon, en donde se reune con
las tropas de Felipe Augusto y Ricardo
de Inglaterra. La rencilla de los jefes
malogró el éxito de tan brillante cruza-

(54) Véase Michaud, IV, 89. Traducción espa-
ñola.

(55) El sábio comentador Mansi demuestra, con
la autoridad de Coggeshale testigo ocular de la to-
ma de Jerusalem por Saladino, que esta se verificó
el 3 de Octubre de 1187.

(56) Año 1189. La mayor parte de los historiado-
res dicen que murió Federico en el rio Cidnus, donde
se bañó Alejandro; pero, segun los historiadores de
Armenia, pereció en el Saleph, pequeño rio que na-
ce en las montañas de Isauria y que es denominado,
en el país, *el agua de Selesfé*. Seint-Narsés refiere
que Federico, al bañarse, fué arrebatado por la vi-
olencia de la corriente. Véase Michaud, IV, 131.

da, cuyos resultados fueron la toma de Chipre y San Juan de Acre, y el poner de relieve la crueldad de Ricardo Corazon de Leon, que degüella dos mil setecientos prisioneros (57); la perfidia de Felipe que, violando sus juramentos, invade al retorno las posesiones del rey inglés, y la desgracia de Montferrato, víctima del puñal de los haschischims, sicarios del tan temido Viejo de la Montaña (58).

Y en esta expedicion, movida como la de Pedro de Amiens por un entusiasmo general, concluye de influir la causa más poderosa y característica de las cruzadas: el irresistible impulso del sentimiento religioso. No lo busqueis en la gigantesca aventura de Balduino de

(57) Saladino tardaba en devolver los prisioneros cristianos para un cange estipulado. «Entonces el rey de Inglaterra cuya ambicion era abatir el orgullo de los sarracenos... mandó salir de la ciudad el viernes despues de la Asuncion dos mil setecientos prisioneros encadenados y dió orden para que les quitasen la vida.» (Gualtero de Vinisauf, IV.)

(58) «Hácia el tiempo de la primera cruzada, un profeta mahometano, Hallam, aumentó el número de las sectas ismaelitas, fundando la orden fanática de los asesinos (aschischims) que pusieron su asiento en las montañas de Siria... Cumplian ciegamente las órdenes de su jefe El viejo de la Montaña... Su nombre vive todavía en muchas lenguas occidentales para significar el homicida alevoso.» (Weber, II, 143, *Compendio de la Historia Universal*.)

Flandes, Bonifacio de Montferrato y el ciego y valiente dux Dandolo (59), que asaltan á Constantinopla y pretestan en el motin de Murzuflo sus horrores. Os apenará ver á los cruzados rompiendo los altares de la Virgen en Santa Sofía, embriagándose con el vino que beben en los vasos sagrados, danzar al son de las canciones que entona una prostituta en el púlpito del Patriarca (60), robando las iglesias, romper el sepulcro de Justiniano y esparcir al aire las cenizas del Emperador; fundiendo la estatua de Juno que se adoró en Samos, la colosal escultura de Hércules, atribuida á Lisipo, que adornaba el Hipodromo: el obelisco de bronce, orgullo de los de Bizancio (61). Y vereis bibliotecas consumidas por el fuego, mancillado el pudor de las mujeres, la ancianidad y la

(59) «... siendo tan viejo y tan caduco, y además falto de vista...» (Villeharduino, III.)

(60) «Una mujer cargada de pecados, una sierva del diablo, una sacerdotisa de las Furias, una tienda de encantamientos, se sentó en la silla patriarcal para insultar insolentemente á J. C. Allí cantó una cancion impúdica y bailó en la iglesia.» (Niceto Acominato, trad. de Cousin, V, 591.)

(61) La descripción de las estatuas y monumentos destruidos por los cruzados está en la *Biblioteca græca sive notitia scriptorum veterum græcorum quorumcumque monumenta integra aut fragmenta edita extant*, etc., de Fabricius. IV, 405-416.)

niñez atropelladas; vereis tambien á los cruzados fundar el imperio latino y repartirse sus girones, hasta que Miguel Paleólogo restaure el de Constantino-
pla; vereis, en fin, ambicion de riquezas; pero no aquel fervor religioso que santificara á Godofredo.

Yá no se harán cruzadas generales.

Y si recordais la que, despues de la inútil tentativa de Andrés II, los duques de Austria y Baviera, Guillermo de Holanda y los nobles y obispos alemanes, y de la poco fructuosa de Juan de Briena, realizó Federico II, comprendereis lo cambiados que están los tiempos. Aquel Emperador que, no por cobardía, rehuye la guerra, estipula un tratado amistoso, entra en Jerusalem con el peso de las excomuniones y, no habiendo sacerdote que le consagre, se ciñe, él mismo, la corona á las sienes; su tolerancia al consentir una mezquita en la ciudad, demuestran que el entusiasmo religioso no engendró la quinta cruzada.

La voz del Pontífice no moviliza yá los pueblos contra el Oriente, y, cuando los atrevidos mogoles talan la Hungría, incendian á Breslau, vencen y

matan en Liegnitz á Enrique de Silesia, la poblacion de Europa huye á refugiarse en lo áspero de los montes, y el Papa no tiene otro dique que oponer á la inundacion de los tártaros que las deprecaciones de sus letanías.

Y si el asalto y saqueo de Jerusalem por el sultan de Egipto con ayuda de la horda de schovaresmios en 1244; si la profanacion del Sepulcro y la muerte en combate de lo más florido de las órdenes, y la pérdida de Gaza, y la ocupacion casi total de Palestina acrecen el fervor de Luis el Santo, vereis cual lucha con la indiferencia de los nobles, cual los compromete con piadosas añagazas, y, yá en Damietta, la corrupcion con todo su descaro, las mancebías y los garitos á un tiro de honda del aposento del Rey (62), y lo que no se vió nunca, lo que no pudo soñar ningun cruzado de 1096, prisioneros que reniegan voluntariamente de su Dios, convirtiéndose á la fe de Mahoma (63).

(62) «... las mujeres perdidas tenian sus lupanares alrededor del pabellon del Rey, á un tiro de piedra pequeña.» (Joinville. *Historia y Crónica de San Luis*, 37.)

(63) Véanse Joinville y demás cronistas contemporáneos.

¿Qué direis, en fin, al recordar las condiciones en que se hace la cruzada á Túnez (64), la última que merece mencion y en la que halló el Santo su sepulcro? Los caballeros de 1096 vendian sus haciendas por ir á Jerusalem; los de 1270 toman sueldo del Monarca por acompañarle. Ved á Guillermo de Courtenay exigir dos mil doscientas libras tornesas, y á Gilles de Mailly ajustando, cuidadosamente, en tres mil y el transporte de los caballos sus servicios. ¿Qué más? ¿No cobraban tambien sus sueldos, de once mil libras cada uno, el arzobispo de Reims y el obispo de Langres? ¿No invirtió San Luis setenta mil libras en estas gratificaciones? (65)

Veintiun años despues, los mamelucos toman á Tiro, única ciudad que en Palestina quedaba á los cristianos.

Tal fué el hecho.

Manifestacion del espiritu de Occidente, de su intransigencia y entusiasmo religiosos, de su genial aventurero y de la necesidad de romper los mezquinos moldes feudales; cuando aquellas causas

(64) Año 1270.

(65) Véanse en Michaud las cuentas de la expedicion, precioso documento que ha sido conservado por los eronistas.

desaparecen y la necesidad se ha satisfecho, las expediciones de la Cruz no tienen razon de ser, ni estímulo que las reanime.

Convencidos los Cruzados, al mirar cerca las civilizaciones orientales, de que los turcos no son mónstruos, sino hombres; penetrados, por la humana conducta de Saladino, que al recobrar á Jerusalem no vierte gota de sangre, socorre á los hambrientos, consuela con frases afectuosas á la cuitada reina, y restituye á las mujeres sus hijos y esposos prisioneros, (66) de que la caridad y la nobleza residen tambien en el corazon de sus adversarios; seguros, por el desastroso éxito de la segunda y el infeliz de la tercera, de que «Dios no queria» las cruzadas, aplácase aquel furor religioso, y se vé á los de Occidente desoir las excitaciones de los Pontífices, y rebatirlas sosteniendo que Jesús mandó al Apóstol volver la espada á la vaina, y predicó fraternidad y mansedumbre; que era injusto acosar á los infieles, pues si en derecho se permite la defensa, nó el ata-

(66) Sobre la conducta de Saladino, al recobrar á Jerusalem, consúltese á Rodolfo de Coggeshale (testigo presencial) y á Raimundo el Tesorero.

que; y añadian: «al consentir que nos derroten, Dios ha demostrado que no nos ayuda,» (67) y hubo quien reprochó á la Providencia, diciendo: «Dios no hizo bien cuando dió á los turcos tanto poder.... Habria motivos para no creer en Dios y adorar á Mahoma, puesto que Dios quiere, lo mismo que Santa María, que seamos injustamente vencidos» (68) y quien exclamó: «Bien loco es el que busca querellas con los turcos, cuando Jesucristo les permite todo.» (69) Por eso, ni las enérgicas exhortaciones de Gregorio X y Clemente V, ni los cánones del Concilio de Leon, (70) ni las amenazas de Clemente IV, (71) ni la apología de Humberto de Romanis, (72) ni los ruegos de San Luis, ni el reproche que se trasluce en la expedicion emprendida, durante el pontificado de Inocen-

(67) Véase la *Opus tripartitum*, apología de las cruzadas que escribió el general de los dominicos por orden de Gregorio X. Está en la coleccion de Concilios de Crabbe, tomo II. pag. 967. Michaud inserta el resumen en su historia.

(68) Auster D'Orlac, en Raynonard, *Poesias de los trovadores*, V, 54.

(69) Canto de un trovador provenzal, en Fauriell *Historia de la poesia provensal*, II, 138.

(70) Año 1274. Anales eclesiásticos.

(71) Véase Raynaldi, annus 1265.

(72) *La Opus tripartitum*, citada en la nota 67.

cio III, por veintemil niños, y en la proyectada por mujeres, (73) logran reanimar aquella fé, aquella locura (74) que veía en las cruzadas camino de salvacion por Dios inspirado (75).

Y como los señores se convencieron tambien de que las aventuras eran inaccesibles á sus yá débiles fuerzas; y los reyes presentian en los vacilantes feudos territorios más seguros de conquistar y retener que los de Tolemaida, Nicea y Tripoli; y la necesidad de descubrir horizontes á la civilizacion de Europa estaba satisfecha, pues el camino de Oriente hallábase abierto á las misiones religiosas, científicas y mercantiles, las cruzadas, repito, caen en absoluto de la conciencia de los cristianos y es

(73) Esta cruzada no se llevó á cabo. Respecto de ella, dice Bonifacio VIII en una de sus cartas: «...¡oh milagro; un sexo fragil y debil se anticipa á los guerreros en esta grande empresa...! ¡Los reyes y los príncipes del Mundo, sin ningun miramiento á todas las solicitudes que se les han heecho, se niegan á enviar socorros á los cristianos desterrados en la Tierra Santa, y mirad ahí unas mujeres que vienen sin ser llamadas!» (Epístola á Porchetto, arzobispo de Génova, en los *Annales Eclesiásticos*).

(74) Al desmedido afan de las peregrinaciones llama San Pablo *Stultitia crucis*.

(75) «Dios ha inspirado estas guerras, á fin de dar á los hombres un nuevo medio de salvacion.» (Guiberto de Nogent, I).

imposible que hasta que no exista una nueva necesidad, como en el siglo XVI la de detener el paso de Selin II, se reanuden.

Este carácter de religiosas, aventureras y necesarias que acabo de reconocer en las expediciones de la Cruz, no las eximen del antinómico y de lucha, común al apogeo del feudalismo y á la ferocidad de las costumbres.

Efectivamente, no ya antinomia, contradicción palpable es el entusiasmo con que la Iglesia predica las cruzadas, y aun las cruzadas en sí. ¿Como se pueden aunar los conceptos de guerra y religion en el Cristianismo, si el Cristianismo es paz, caridad, fraternidad, resignacion, amor á todos los semejantes, aún á los enemigos encarnizados? ¿No vemos al concilio de Roma, en 1078, (76) prescribir que la penitencia ha de comenzar por deponer las armas? Pues el de Clermont decide que combatir á los turcos equivale á las penitencias todas. (77) ¿No decia el pontífice Calixto,

(76) Cánón 5. Thomassin. Discip. Eccles.

(77) «Quicumque pro sola devotione, non pro honoris vel pecunie adoptione, ad liberandam Dei Jerusalem fuerit inter illud, pro omnis penitentia reputetur.» (Cánones del concilio de Clermont.)

en Rheims, el 1119: «Debemos, pues, abrazar la paz con fervor, debemos recomendarla sin cesar, y predicarla con las palabras y el ejemplo.» (78) ¿Ois? Con el ejemplo; y la Cruz asuela la Palestina, y estatuye á los templarios la persecucion de los infieles hasta hacerlos desaparecer de la superficie del Globo. (79) ¿Es que el Salvador ha dictado su ley de paz, solo para los fieles? ¿Es que proclamó la venganza de las injurias? ¿Es que los turcos no son hijos de nuestro Padre? ¿Es que Jesús niega su caridad á los pecadores? «Si alguno te hiriese en la megilla izquierda, párale tambien la otra. Y á aquel que quisiere ponerte á pleito y tomarte la túnica, déjale tambien la capa... Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen... vuestro Padre, que está en los cielos, hace nacer su sol sobre buenos y

(78) En Orderico Vital, pág. 859.

Contradiccion. El Pontífice Eugenio III, en la bula que predica la segunda cruzada, dice; «Nosotros os advertimos, os rogamos, os encargamos que toméis las armas.» (Bula dada en Viterbo el mes de Diciembre de 1145.)

(79) «Los caballeros del Templo deben siempre y por todas partes perseguir á los infieles hasta hacerlos desaparecer de la superficie de la Tierra.» (Regla de los Templarios, artículo 48. Fué aprobada en el concilio de Troyes, en 1128.)

malos, y llueve sobre justos y pecadores.» (80) nos contesta el Evangelio. Ved la contradicción. Porque «al decir Jesús que no viene á llamar á los justos, sino á los pecadores, y que viene tan en sentido de paz y mansedumbre que no ha de quebrar la caña rota ni apagar la candela que humea, que llama bienaventurados á los pacíficos y á los mansos hijos de Dios, y pone la humildad como fundamento de la vida moral de los que le sigan, y manda á Pedro que envaine su espada y que no le defienda, debiendo ser la Iglesia á modo de yunque que se hizo para recibir golpes, nó para darlos, se patentiza que el derramar sangre, directa ni indirectamente, ni aun para la propia defensa, es no solo contrario, sino diametralmente opuesto á la conducta de Jesucristo y sus apóstoles.»

Aceptado por la Iglesia el principio de lucha, hay que notar lo que influye en el órden religioso el precedente de las cruzadas que los pontífices sancionan medio de conversion; los caballeros teutónicos, á quienes invitan á pasar á Prusia y las riberas del Báltico, conce-

(80) San Mateo, cap. V.

diéndoles gracias espirituales y el dominio sobre los terrenos que su valor les conquistase, inauguran, en 1228, la cruzada contra los prusianos y libonianos que se resisten á recibir el bautismo y abjurar la fé de sus mayores.

Tambien la Provenza se retuerce convulsiva en el horror de las Cruzadas. Como la Iglesia se consideró robusta, dedicóse á reprimir por el hierro las heregias que en aquel Occidente, no olvidado aún de la barbarie de su origen, sin educacion moral para comprender en toda su esencia la virtud del Cristianismo, y asequible á las novedades y el absurdo, nacieron en contacto del cisma y las aberraciones de Oriente. Y lo que no pudieron hacer la predicacion y los anatemas, hácenlo el Tribunal del Santo Oficio y las cruzadas en las nubes de flagelantes que recorren las selvas alemanas y los montes húngaros, azotándose mutuamente y absolviéndose, sin más preparacion, de sus pecados; en los sledingos, á quienes se juzga en íntima amistad con el Demonio; en los vagabundos bighardos, que, creyéndose revestidos por el Evangelio de libertad ilimitada, se entregan á los más

espantosos desórdenes; en la ociosa comunión de los *fraticellos*, y aun en el cadáver de aquella fanática Guillelmina que dijo ser encarnación del Espíritu Santo, y fué institutora de una secta inmoral. Pero, si las comunicaciones de los occidentales con el mundo oriental favorecieron el desarrollo de estas fanáticas doctrinas, y las de los valdenses, cátaros y puritanos, si las cruzadas determinaron la nueva conducta que ha de seguir la Iglesia con los hereges, también abren el Asia á las misiones, é inspiran á un mártir ilustre del Cristianismo, en 1315, estas hermosas palabras vindicación de los puros ideales del genio cristiano: «La guerra—dice—lejos de ser un medio de extender la religion, es un obstáculo para su propaganda. ¿Como puede penetrar la verdad en las almas que llena la discordia y el odio? No es este el camino que Jesús nos ha mostrado con su ejemplo. El hijo de Dios no ha empleado la violencia para convertir á los judíos, ha vivido en paz con todos los hombres y ha aprovechado estas relaciones pacíficas para predicar á los que estaban en el error.... tengan los cristianos más confianza en su reli-

gion, prediquenla á los infieles; el error no puede resistir á la fuerza invencible de la verdad.» (81)

Pero la trascendente influencia de las cruzadas la encontramos en el orden moral, por la trasformacion que determinan en el espíritu de los pueblos y en sus relaciones sociales. La Europa no existe antes de las Cruzadas: el fraccionamiento del Feudalismo se opone á la idea de unidad, que ha de presidir la Nacion ó el Estado: el egoismo de los señores no la consiente, ni su independencia el lazo comun de un solo pensamiento. Pues bien, en las quebradas llanuras de Palestina, allí donde las fatigas son para todos; sobre los muros de Jerusalem, allí donde para todos es la gloria; ante la tumba de Jesús, allí donde todos los corazones palpitan al calor de un mismo sentimiento, la unidad se ha realizado; (82) allí nace la Europa cristiana y triunfa la Iglesia del

(81) Raymundo Lullio. Opera, tom. IX, página 512.

(82) «...aunque divididos por la diferencia de idiomas, parecia que no formábamos sino un solo pueblo,» dice Fulco de Chartres.

«...nosotros somos todos los hijos de Dios; nosotros somos todos hermanos,» palabras del obispo Ademaro, segun Raimundo de Agilés.

Feudalismo. El Feudalismo, ¿qué es el Feudalismo al concluir las cruzadas? Vedlo dominar en la primera; no busqueis reyes en las filas de los cruzados, no los hay, todos los jefes son señores. Vedlo en la última debilitado por la autoridad de San Luis: no son los orgullosos é independientes barones del siglo XI, nó, más bien se les creyera súbditos mercenarios (83). ¿Cómo podían imaginar los señores que el 1096 toman las armas con la ambicion de ascender á reyes en un combate (84), que lo que hacian era destruir el pedestal de su existencia, el aislamiento, única razon filosófica del Feudalismo? No pensaban Godofre, cuando enagenó sus bienes y la ciudad de Metz á sus habitantes, ni Arpino, cuando vende sus tierras al rey Felipe, que robustecian el poder del pueblo y de los reyes y socavaban el suyo propio; los que separaron á los siervos de la gleba, con el fin de que les acompañasen y sirviesen, no

(83) Uno de los hechos que acreditan la decadencia de los señores feudales, á raiz de las cruzadas, es que Luis el Santo empadronó, á su regreso de Damietta, á los nobles indigentes con el propósito de socorrerlos.

(84) Así lo manifestó Boemundo, segun nos dice Ana Commenes.

comprendieron que su servidumbre concluía y que los siervos cruzados, los siervos sin el terruño, no son yá siervos, sino hombres libres, y hasta les impondrán sus opiniones, como aconteció antes del sitio de Nicea (85); y todos, en fin, no presumieron que las cruzadas unian, y la unión era la muerte del Feudalismo; que despertaron la industria y el comercio, enemigos de la guerra condicion inseparable del Feudalismo; no llegaron á prever que echaban los cimientos de la autoridad del Rey, de la clase media y de las libertades comunales, sus verdugos. Efectivamente, á fines del siglo XIII el Feudalismo agonizaba. La lucha de la diversidad y la unidad, de la anarquía y el Gobierno, de la servidumbre y la libertad, de los señores feudales y la Iglesia, se ha decidido. ¡Salud al vencedor, bendita la victoria!

Aún es más profunda la transformación moral. Antes de las cruzadas, el pensamiento de Europa se revolvía en un círculo estrecho, exclusivo é inhumano; creíase á los turcos mónstruos y no hombres, se les odiaba, sin cono-

(85) Véase á Guillermo de Tiro.

cerlos, con un rencor inconcebible (86): aun los caracteres de su escritura parecian á los cristianos obra del Demonio (87). Despues ¿qué ocurre despues? Guillermo de Tiro hace un elogio de Noradino (88). Bernardo el Tesorero loa la piedad de Saladino y aun opone la conducta de los moslimes, como ejemplo y contraste á la depravacion de los cruzados; Federico arma caballero á Facardin, general de los turcos, y se atreve, que no es poco, á consentir una mezquita en Jerusalem; Ricardo Corazon de Leon ofrece á Malek-Adel, por esposa, la viuda de Guillermo de Sicilia (89); sus caballeros comen en la mesa del Sultan y los emires en la del Rey (90); Inocencio III escribe al hermano de Saladino proponiéndole una

(86) Roberto el Monge les llama «legion de diablos, pueblo inmundo, perros rabiosos;» el pontífice Urbano «raza despreciable, vil esclava del demonio.»

(87) Véase á Santiago de Vitry.

(88) Guillermo de Tiro refiere que aconsejado Noradino para que combatiere á los cristianos en la sazón de hallarse estos muy tristes por la muerte de Balduino III, replicó el Sultan: «No permita Dios que yo venga á perturbar el dolor que manifiesta un reino entero por la pérdida de príncipe tan grande.» Despues elogia desmedidamente esta conducta.

(89) Véanse los historiadores árabes contemporáneos.

(90) Véase Gualtero Vinisauf.

tregua; Gregorio IX sostuvo correspondencia teológica con el Califa de Bagdad, é Inocencio IV manda embajadores á los tártaros. Este sentimiento de humanidad y amplitud de juicio, más conformes, de seguro, con la doctrina del Salvador que la cruel Regla de los Templarios, estas expresiones amistosas, imposibles antes, denuncian evidente progreso é ilustracion muy crecida que han de influir, de modo extraordinario, en la bondad de las costumbres. Por otra parte, debilitado el Feudalismo, desaparecen la abominacion de sus derechos, la brutalidad y el bandidaje de las guerras privadas; emancípase la Iglesia de la opresion de los señores, los plebeyos van arrancando á los reyes sus libertades y, disminuida la servidumbre, los hombres libres fomentan la Agricultura y el Comercio que proporcionan bienestar á las naciones.

Y ¿qué os diré del desarrollo que promovieron las cruzadas en las letras? La aparicion de un mundo casi desconocido y de civilizaciones ignoradas, nuevas costumbres, nuevos idiomas, diferentes creencias, hechos heróicos, in-

marcesibles martirios, aventuras sin medida, encarnizadas guerras, reinos que así se hierguen como se hunden en el polvo, excitaron vivamente la imaginación de poetas é historiadores. Despiértase Europa literaria y aparecen lúcidos fulgores de la poesía vulgar en poemas y asuntos épicos, como la *Historia de Carlomagno*; la *Guerra Troyana*, por Conrado de Wutzburgo; la *Eneida*, que escribió en alemán Enrique Weldeke; el *Lanceloto*, de Ulrico de Zazichoven; el poema ruso la *Expedición de Igor*; el de *Alejandro*, por el abad Lamberto; *El Cid* y los *Nibelungen*; el *Parcival* y el *Longhengrin* de Wolfram de Eschembach; y en los romanceros de Wace y Cristiano de Troyes, en el *Libro del Tesoro* y las *Cantigas del Rey Sabio*; en las tradiciones míticas, en los cantos históricos y caballerescos de la musa escandinava, en el célebre didáctico *Romance de la Rosa*, que comenzó Guillermo de Lorris y termina Juan de Meun; en los *fabliaux*, cuentos transmitidos del Oriente y cultivados por la generalidad de los vates, en los siglos XII y XIII; en las canciones de Teobaldo, que importó la lírica provenzal á la

Champaña, así como Ciullo de Alcamo, el poeta más antiguo de Sicilia, á la cuna de Durandarte. Entonces floreció con Bernardo de Ventadour, Bertran de Born, Pedro Vidal y Guiraut de Borneil, aquella poesía cortesana y amorosa, la de los agudos y sencillos pensamientos, la de la facilidad y donaire en el decir, la que honraron los Condes de Aragon y los Reyes de Castilla, la que con los Juegos Florales nos hizo recordar, en la Provenza, las márgenes del Alfeo, los perfumados céfiros de la Élide y los triunfos de Píndaro y Herodoto. Entonces comenzó aquel pugilato que, por la ciencia y el arte, sostuvieron los príncipes de Italia, y Guido Quinicelli y Cavalcanti son los precursores del ardiente gibelino, del cantor de Beatrice Portinari, del guerrero de Bolonia y Pisa, del condenado á la hoguera, de aquel gigante que concentró en un libro toda la cultura y la poesía del pueblo italiano, así como despues, el Cisne de Sorrento, víctima del amor ideal que supo inspirarle la Duquesa de Ferrara, perpetúa en su *Jerusalem* el hecho heroico que decidió las civilizaciones de Occidente y que cantaron en inspiradas tro-

vas el disoluto y prostituido Conde de Potiers, «que se rendia bajo el peso de sus iniquidades;» Peyrols de Auvernia; el fervoroso Gaucelm Faydit; Pons de Capdeuil, que pereció en la guerra Santa; el enamorado y petulante Pedro Vidal; Aimeri de Tolosa; Rambaud de Veigueiras; Guillermo de San Dinier; el ilustre Blacas; Foulques de Marsella, comerciante primero, obispo despues y poeta siempre; Marcabro; el vehemente Gaucelm de Beziers; el fatalista y blasfemo Auster D'Orlac; Foulques de Lunel; el Caballero del Templo; Figueiras y Garandan el Viejo, Aimeri de Bellinoq y Enrique Weldeke. Entonces fué cuando Federico II de Alemania y su canciller Pedro de Vinea, Corazon de Leon y Foulques de Turonet, los condes aragoneses Alfonso II y Pedro III, Federico de Sicilia, y otros que no citaré por temor de molestaros, ciñeron de rosas las frentes de las Musas (91).

(91) Segun el abad de Vigeois, Godofredo de Tours escribió una relacion de las cruzadas, en lengua y ritmo vulgares, que desgraciadamente no conocemos.—Existe en la Biblioteca Real francesa un manuscrito del siglo XII, con miniaturas, titulado: *Roman de Godefroi de Bouillon ou la conquete de Jerusalem*.—Las poesías que han llegado á nosotros, de Ricardo Corazon de Leon, las trae Warburton en su *History of the english poetry*.

En Historiografía se levantan escritores como Guillelmo de Tiro, que reúne á un juicio imparcial y sano, superior á su época, naturalidad en el decir, amplitud en las observaciones y múltiples conocimientos con que ilustra su historia de las cruzadas; Villeharduino, narrador que sabe poner de relieve los hechos y pintarlos con expresiva viveza dramática; Joinville, que descubre en la crónica de San Luis su sinceridad y un entendimiento político no vulgarizado; Froissart, el historiador más importante, en su género, de la Edad Media, que narra maravillosamente, y cuyo estilo movible, apasionado, fácil y minucioso, excita el interés y conduce al lector hasta el fin, sin fatigarle; Othon de Freisingen, que nos deja la fuente clásica de la historia de su tiempo, en la que aparece muy superior á las preocupaciones dominantes y en la que brillan el método y el más puro estilo; Guillermo de Malmesbury, que interesa profundamente por la veracidad de su narración; Mateo París, el monge amigo de Enrique III, que retrata con desenfado la depravación del clero y de los grandes; Snorre Sturleson, que compila

en su *Heimskringla* las vetustas tradiciones irlandesas; Ramon Muntaner, célebre historiador de los príncipes aragoneses, que descuella por su ingenuidad y el espíritu épico de sus descripciones; Hugo Falsando, historiador de Sicilia; Ricordano Malaspini, de Florencia; Nicolás Jansilla, de Federico II y sus sucesores; Rodrigo, arzobispo de Toledo, que nos ha legado dos estimables crónicas; D. Jaime de Aragón; Alfonso X; Hamoldo, autor de una crónica de los slavos; Saxo, que escribió la historia danesa; Sugero, abad de San Dionisio, que la de Luis VII; Rigord, que comienza la de Felipe Augusto; Guillermo de Bretaña que la concluye, y mil, menos importantes, que, en su mayoría, como Raimundo de Agiles, Roberto el Monge, Odon de Deuil, Fulco de Chartres, el abad Guiberto, Tudebodo, Rigord, Rodolfo de Caen, Guillermo el Breton, Gualtero de Vinisauf, Baudry, Alberto de Aix y Oliveros Escolástico, describen las cruzadas, de las que nos quedan asimismo narraciones anónimas: solo mencionaré la *Gran conquista de Ultramar*.

Fecundizado á la vez, por las frecuen-

tes relaciones de griegos y occidentales y por el estudio, en la lengua original, de las obras de Aristóteles, el campo de la Filosofía, suceden al fundador de la Teología Moral, al maestro de las sentencias y á San Bernardo, el célebre obispo Guillermo de Auvernia, el enciclopédico escritor Vicente de Beauvais y el Hércules de la Escolástica, Santo Tomás de Aquino, que, en la *Summa Theologicæ*, corrige las tendencias á que predispuso el arte individual de raciocinar del filósofo de Estagira, y funda un sistema completo de Moral, donde se ven las fuentes en que bebió Leibnitz algunos rasgos de su Teodicea.

Y si importantísimo es el adelanto de la Filosofía, también el de las ciencias naturales, al calor de los escritores arábigos y de los conocimientos que producen las cruzadas. Díganlo Juan de Salisbury, el obispo de Chartres, que tan audazmente se expresa en su *Policrático*, y rechaza, en su *Metalógico*, como estériles, los estudios dialécticos; Bacon, el celeberrimo franciscano, autoridad prepotente en Álgebra y Óptica; Beauvais, el autor de la enciclopedia *Spéculum doctrinale naturale ed morale*; el domini-

co Alberto Magno, que enseñó filosofía en Strasburgo, París y Colonia, y fué tenido por lumbrera del saber, en lo que acreditanle sus veintiun volúmenes, y sus progresos en Botánica y Zoología; Abelardo Bath, traductor de la *Geometria* de Euclides; Federico II, que dá á conocer el *Almagesto* del astrónomo alejandrino y el obispo de Trípoli que vertió del árabe el *Secretum secretorum Aristótelis*.

A tan inusitado movimiento intelectual, corresponde la creacion de universidades: en la de Bolonia que inaugura Irnerio, y en las de Orleans, Tolosa, Valence y Bourges, se cultiva con preferencia el Derecho Romano; en la de París la Filosofía; la Medicina en Padua, Montpellier y la célebre Salerno; y las lenguas orientales, se estudiaron con fé, el siglo XIII, en las universidades de Oxford, Cambridge, Nápoles, Valencia, Salamanca, Coimbra, y en el ilustre colegio que fundó Pedro de Sorbona.

El derecho civil, casi desconocido, reverdece con la popularizacion de las obras de Justiniano: el *Código*, el *Digesto* y las *Institutas* se comentan, se analizan y aun se traducen á las nacientes

lenguas romances; la ley arroja á la fuerza del pedestal en que la hubo colocado el individualismo de los señores; la justicia reemplaza á la arbitrariedad, y sus procedimientos á los injustos y azarosos juicios de la barbarie, que la civilización ahuyenta: los albores del Renacimiento, despertado por las cruzadas, iluminan el Occidente (92).

Es inconcebible el atraso geográfico del siglo once y la influencia que aquel hecho ejerció en el desarrollo de la Geografía. Tan lejana imaginábase la Apulia que de *terras incógnitas* la calificaron, y el viaje de Cluny á París se tuvo por arriesgadísimo. Con las expediciones de la Cruz y sus consecuencias que fueron los viajes al Mogol, dilatóse prodigiosamente el mapa. Carpino, enviado por Inocencio IV, cruza el Rhin, la Hungría, las estepas sármatas, sigue la ribera del Mar Caspio, los Mon-

(92) Florecieron entonces el inflexible glosador de las *Pandectas* y sus discípulos Búlgaro, Martin Gossia, Jacobo y Hugo Ravegnana; el legista Roger, que realizó un feliz ensayo de la ciencia del Derecho; el maestro Oton de Placencia; el metódico Basciano de Cremona, Pillio de Medicina y los notables jurisconsultos Alverico de Porta Ravegnana, Guillermo de Cavriano, el célebre Azo de Bolonia y Jacobo de Ravanis.

tes Altai y llega á Caracorum. Ascelino atraviesa la Siria, la Mesopotamia, la Persia y el Corasan, con el arrojó de un viajero del siglo diecinueve. Rubruquis, que sale de Akkon en la primera cruzada de San Luis, costea el Mar de Aral, y arriba tambien á Caracorum. Yá está abierto el camino de Asia. A fines del siglo XIII recorrerá un oscuro comerciante veneciano las pendientes cordilleras del Bolor, las herbosas llanuras del Turkestan, el Tibet ceñido por el Kien-Lun y el Himalaya, los arenosos páramos de Cobi; llegará al Tángut, al celeste imperio del Cathai, á Pekin y, hecho gobernador de Yangüi, visitará la Cochinchina y el Zipango (93), donde le asaltará la sospecha de que el mundo es redondo y no difícil volver, por mar, á España. Entonces emprenderá su regreso, admirando, en la India, la lujuriosa vejetacion de sus magníficos bosques; los tesoros de diamantes, en Golconda; las nacaradas perlas en Ormuz; referirá sus impresiones, y las riquezas que ha traído excitarán la cruzada marítima de los portugueses

(93) Japon.

cuyo primer periodo inauguran, en 1428, Juan Gonzalez y Tristan Vaz Texeira, y concluye Bartolomé Diaz descubriendo, en 1486, el vértice de Africa, el cabo que aquel denominó de las Tormentas y, de Buena Esperanza D. Juan II. Seguidme un momento más. ¿Veis aquellas tres débiles embarcaciones que franquean la barra de Saltes? ¿Veis allí, entre la bruma, un hombre? Es Colon, piensa aún en recobrar á Jerusalem, y busca el Zipango para adquirir tesoros y realizar su pensamiento.

He terminado.

Permitidme empero declarar, como resúmen de mis apreciaciones, que las cruzadas, al detener el paso de los turcos, al fundir los trozos del Feudalismo en la unidad de las naciones, al poner en relacion el Occidente con el Oriente, fueron la palabra de Dios que, señalando la senda del progreso, dijo á Europa, indecisa entre la civilizacion y la barbarie:

Levántate y anda.

